

MARTIN LUIS GUZMAN

Nació en Chihuahua, Chih., el 6 de octubre de 1887. Falleció en México el 22 de diciembre de 1976.

Perteneció al Ateneo de la Juventud. Partidario de la Revolución, sumóse al movimiento armado de 1910 al lado de Francisco Villa. Periodista activo y fecundo, ha dirigido y fundado diversos periódicos, como *La Juventud*, en Veracruz en 1900, y últimamente *Tiempo*.

Escritor, uno de los más relevantes del México moderno, posee "uno de los estilos más perfectos y eficaces de las letras escritas hoy día en lengua castellana". Su obra ha sido múltiple, mas toda ella tendente a "interpretar la vida de México".

Algunos de sus títulos son: *La querrela de México* (1915); *A orillas del Hudson* (1920); *El águila y la serpiente* (1928); *Aventuras democráticas* (1929); *La sombra del caudillo* (1929); *Minu el Mozo, héroe de Navarra* (1932); *Filadelfia, paraíso de conspiradores* (1938), el cual reedita en 1960 como *Filadelfia, paraíso de conspiradores y otras historias noveladas*; *El hombre y sus armas* (1938); *Campos de batalla* (1938); *Panoramas políticos. La causa del pobre* (1940), correspondiendo estas cuatro últimas a su obra *Memorias de Pancho Villa* (1932); *Islas Marias. Novela y drama* (Guión para una película) (1959); *Kinchil* (1946); *Academia; Tradición, Independencia, Libertad* (1959); *Necesidad de que se cumplan las Leyes de Reforma* (1963); *Crónicas de mi destierro*, en el que reedita algunos de sus artículos más valiosos publicados a lo largo de los años (1964).

Se han ocupado de él: Ermilo Abreu Gómez en varios penetrantes artículos: "Las memorias de Pancho Villa, de Martín Luis Guzmán" en *Ruta*, 1939, No. 10; "Martín Luis Guzmán, Crítica y Bibliografía", *Hispania*, 1952, XXXV, No. 1; Antonio Acevedo Escobedo, "Martín Luis Guzmán", *El Universal Ilustrado*, Sept. 1931; Nellie Campobello, "Martín Luis Guzmán", a propósito de "El hombre y sus armas", *Ruta*, 1938; Alfred Coester, "El águila y la serpiente" by M. L. Guzmán, *Hispania*, Stanford, Cal., 1929; Enrique Díez Canedo, "El águila y la serpiente de M. L. Guzmán", *El Sol*, Madrid, 10 julio 1928; Antonio Espina, "El águila y la serpiente de M. L. Guzmán", *Revista de Occidente*, XXI, Madrid, 1928; Melchor Fernández Almagro, "El águila y la serpiente" de M. L. Guzmán, *El Debate*, Madrid, 1928; Irving A. Leonard, "The Eagle and the Serpent" by M. L. Guzmán *THAHR*, 1933; Elena Laguetta González de Pánuco, *La Novela de Martín Luis Guzmán*, México [Aldina] 1963, 111 p. (Tesis de la UNAM); José Luis Martínez, La obra de Martín Luis Guzmán", *Revista de la Universidad de México*, 1947; Ernest Moore, "The Legend of Pancho Villa", *The Spanish Review*,

New York, march, 1936; R. Stanton, "Martin Luis Guzman's place in modern Mexican Literature", *Hispania*, Washington, D. C., XXVI, 1943; Antonio Castro Leal le analiza en su prólogo a *La Novela de la Revolución Mexicana*, 2 v., México-Madrid, Aguilar, 1962. El estudio más reciente acerca de este autor es el de Emmanuel Carballo en *19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, México, Empresas Editoriales, S. A., 1965, 469-[5] p., Ils. p. 61-99.

Fuente: Martín Luis Guzmán. *El águila y la serpiente*. En Antonio Castro Leal (comp). *La Novela de la Revolución Mexicana*. Selección, introducción general, cronología histórica, prólogos, censo de personajes, índice de lugares, vocabulario y bibliografía por ... 2 v. Madrid, México, Aguilar, 1960 I-163-383. I-313-320.

LA CONVENCION DE AGUASCALIENTES

Azorada vivía entonces Aguascalientes por los desmanes, a menudo fabulosos, de las tropas revolucionarias. Allí eran sinónimos *revolución* y *la Revolución*, y por eso quizá ciertos nombres de la epopeya constitucionalista sembraban pánico con el mero sonido de sus sílabas. Se decía *Bañuelos*, se decía *Domínguez*, y la gente corría a refugiarse en los sitios más recónditos, sobre todo cuando en la familia había vírgenes hermosas y otros tesoros vivos de igual precio. ¡Qué no hubieran dado entonces los habitantes ricos, y aún los de holgura económica apenas envidiable, por poder esconder sus haciendas, sus comercios, sus moradas! Pero, ya que no lo principal, ocultaban, para aliviar su terror de verse desposeídos, cuanto podían, o bien lo disimulaban, o lo usaban valientemente para acercarse al nuevo grupo poderoso y ponerse así en camino de salvarlo todo procurando otros amigos.

Gracias a esto último, Aguascalientes, que en épocas normales no habría podido recibir, sin desbordarse, doscientos o trescientos forasteros, halló esa vez hueco capaz de acomodar en sus hoteles, bien diminutos, y en sus casas, no muy sobradas, a los millares de personas que la Convención llevaba consigo. Los cuartos de alquiler se agotaron de un solo golpe; pero no bien sucedió aquello, empezaron a surgir copiosas las ofertas de habitaciones confortables, de casas enteras, de pequeños palacios, y todo a título gratuito y meramente entusiasta de la Revolución, no a tanto el mes, o el día, o la semana.

En un principio yo no comprendí bien aquel fenómeno, tan

contrario a mis nociones sobre Economía Política. Eran una depreciación de la propiedad raíz y un despego de la renta demasiado súbitos y espontáneos para que se compaginaran con las enseñanzas de mis maestros Enrique Martínez Sobral y Luciano Wiechers: fallaba la ley de la oferta y la demanda con estrépito clamoroso. Y, como de costumbre, buscando luces que me aclarasen el misterio, me dejé remontar en las alas de la fantasía. Por lo visto —me expliqué las cosas en los primeros minutos— nosotros llegábamos ahora a todas partes precedidos por la fama de nuestro anticarrancismo, lo que nos daba gran popularidad e impulsaba a muchos correligionarios a recibirnos calurosamente. O dicho de otro modo: sin merecerlo ni esperarlo, empezábamos a pasar por grandes hombres —suceso muy revolucionario de suyo— y a disfrutar las ventajas de que tal se nos creyera aun cuando no lo fuésemos ni sintiésemos serlo.

El caso es que no menos de seis moradores ricos estuvieron a visitarnos —seis a cada uno— la mañana posterior a la noche de nuestra llegada, y que todos, a cual más, nos brindaron sus casas con hospitalidad urgente, con hospitalidad de esa que no puede ni debe rechazarse. Aquellos fueron para nosotros minutos de profunda satisfacción política. Nos sentíamos en la espuma de una popularidad llovida como del cielo, aunque perfectamente justa (¿Cómo no había de ser justa, si era la nuestra?), y por allí veíamos dilatarse al infinito el ámbito de la revolución tal como nosotros la entendíamos, y sus esperanzas: floreció en nuestros corazones la primavera fugaz de los ideales tanto tiempo alimentados y nos pareció evidente que éstos se abrieran paso —ajenos como eran a todo egoísmo— entre personas que ni siquiera nos conocían.

Pero no duró mucho el encanto, pues de allí a poco abrimos otra vez los ojos a la realidad mexicana, y la Economía Política volvió por sus fueros. La verdad se reducía —triste verdad— a que los acaudalados vecinos de Aguascalientes, economistas de lo mejor, se apresuraban a semblantear a los revolucionarios recién venidos, a caza de las fisonomías menos sospechosas o más tranquilizadoras, y que tan pronto como descubrían al hombre de su agrado, lo colmaban de bondades, con ánimo de utilizarlo después. Tal, por lo menos, parecía ser la regla —regla sujeta a excepciones, se entiende, y, en todo caso, útil a ambas partes—. Gracias a ella, todos nosotros encontramos alojamiento en menos tiempo que el necesario para pedirlo: mis ocho compañeros y sus familias, no

recuerdo donde; yo —amplia sala, pisos alfombrados, jardín y patio anchurosos—, en una de las principales calles y a corta distancia del Teatro Morelos, que era donde los convencionalistas se reunían.

No siendo generales, ni delegados de generales, nosotros no teníamos derecho a sentarnos en los escaños de la Convención, mas no en balde nuestro papel de víctimas tempranas del carrancismo nos rodeaba en esos días de aureola a propósito para ser tratados con grandes miramientos. Desde la noche en que se nos declaró libres, las autoridades de la asamblea, según apunto antes, nos señalaron sitio especial para que asistiéramos a las sesiones. Era una platea desde la cual dominábamos la sala perfectamente. La tribuna, colocada en el extremo izquierdo de las candilejas, nos quedaba al alcance de la mano. Un poco más allá, hacia el centro de las tablas, pero a unos cuantos metros de nosotros, veíamos a los miembros de la mesa directiva.

A mí me bastó contemplar por primera vez aquel conjunto militar deliberante para convencerme de que el resultado de sus deliberaciones sería nulo. Quizás el nivel moral y cultural de la Convención no fuera tan bajo como el de algunas cámaras de diputados que luego hemos tenido en México —cámaras donde los diputados suelen venderse al mejor postor, donde se traiciona al compañero y al amigo, donde intrigan, y a veces mandan, legisladores que no escriben bien ni su nombre—. Pero con todo, la Convención Militar denotaba a leguas carcer del alto espíritu cívico y del patriotismo consciente indispensables en aquella hora. Se trataba de salvar a la Revolución quitando de en medio dos peligros: un peligro mayor: Carranza, y otro menor: Villa. El primero representaba el falseamiento de la verdad revolucionaria y la vuelta, sin otra guía que las propias ambiciones, a la disputa del poder. En el segundo se personificaba el desenfreno de la acción, domenable sólo con la inteligencia. Mas los generales, que en su gran mayoría habían hecho la revolución, movidos por un impulso colectivo vago, aunque noble (secundado por ansias personales ya no tan nobles ni tan vagas), no estaban lo bastante capacitados para convertir en idea altruista útil lo que sólo había actuado en ellos como solicitud confusa. A la piedra de toque del patriotismo, los más respondieron con sus ambiciones personales, tan pequeñas, tan mezquinas, que, abarcándolos a todos de una sola mirada, no se comprendía que

fueran ellos los autores de la Revolución ni, menos, que merecieran haberla hecho.

Eduardo Hay, que era allí de lo mejor —por lo menos en punto a propósitos—, pronunció en una de las primeras sesiones cierta frase reveladora del espíritu dominante en la asamblea. “Aquí —dijo entre grandes aplausos— estamos *a base de honor*.” Porque la misma fama que en el acto conquistaron tales palabras demostró hasta dónde el sentimiento expresado era falso —falso no por quien lo manifestaba (hablaba en Hay el hombre estimable, el que no descendía a socialidades ni complicidades con los que se manchan en el poder), sino por la textura de los militares políticos que lo prohijaban con tales extremos—. Estaba a la vista que lo más extraño a la Convención era justamente la esencia de lo honorable, y eso ni más ni menos, se pondría de manifiesto cuando, poco tiempo después, casi todos los generales, unos de una manera y otros de otra, habrían de faltar a su compromiso con pretextos fútiles. La “base de honor” se reduciría a que los generales, o sus representantes, estamparan su nombre bajo el águila de la bandera, para negar ésta a los pocos días, con firma y todo. En vano bregarían, sinceros y con esfuerzo, algunos de los hombres de mayor prestigio como convencionistas —ejemplo, Villarreal—, o como militares —ejemplos, Angeles y Obregón—. A este último hay que reconocerle que en la Convención se mostró desprendido como pocos y dispuesto a nadie a la avenencia de los grupos enemigos —acaso demasiado dispuesto, o dispuesto en un tono que, por exceso de humildad, quitaba eficacia al ascendiente adquirido en las batallas.

La pobreza moral y cultural del ambiente convencionista creció de punto con la llegada de los delegados de Zapata y sus lugartenientes. Los zapatistas se presentaron una mañana, acompañados de Angeles y demás militares que habían ido a buscarlos hasta las “montañas del sur”. Su aparición provocó no sólo entusiasmo, sino delirio. Se les recibía como si en efecto trajesen la verdad y el Evangelio; como si unidos Chihuahua y Morelos, el resto se resolviera por sí solo. Sin embargo, no faltó quienes pronosticaran, con sólo verlos entrar, que su concurso en la obra de la concordia serviría más para envenenar los ánimos que para calmarlos.

Encabezaban el grupo, a la vez abigarrado y homogéneo, Paulino Martínez, Antonio Díaz Soto y Gama y Alfredo Serratos: aquél, que en política se movía como serpiente; el se-

gundo, que afectaba un plebeyismo revolucionario de que no había ejemplo ni entre las figuras más humildes de la Revolución; y el último, que era extraña mezcla de buen hombre y de político sin brújula intelectual y a vueltas con sus mejores impulsos. Para un auditorio de nivel bajo, los tres eran buenos oradores; en junto, mejores que los de cualquiera otra de las banderías allí presentes; mejores que los de Carranza, que los de Villa, que los de la tendencia personificada en Villarreal, Lucio Blanco y Eulalio Gutiérrez. Pero la oratoria de los tres —eso apareció desde el primer momento en los discursos que pronunciaron para contestar a la aclamación que se les tributaba— era de simple pasión negativa, más aún, de odio a cuanto no significase invertir los valores de modo que lo más bárbaro, lo más primitivo, o, si se quiere, lo más descivilizado, viniera a ser lo supremo en la historia de los hombres.

Díaz Soto vestía entonces pantalón de charro, guayabera de dril y sombrero ancho. Su aspecto —para aquellos que no lo conocían— era el de un capataz de carros de pulque. Pero exhibiéndose de esa suerte —adrede, sin necesidad—, nos daba a quienes no ignorábamos su origen, su carrera, su cultura, la impresión de querer convertirse en símbolo, de ser una alegoría del zapatismo animada por él con el calor de su sangre y el vigor de sus músculos. ¿Era aquél, en efecto, el símbolo fiel del verdadero zapatismo? Zapata sigue siendo un enigma, pero un enigma cuya solución se traducirá, cuando haya quien lo interprete, en una de estas dos respuestas: o el zapatismo es el calzón blanco y el huarache —cosa profundamente respetable por la verdad de su dolor—, o es el pantalón de charro y el sombrero ancho —representativos (fuera del teatro y las labores de la hacienda) de la degradación de la cultura; de la miseria espiritual del huarache y el calzón, sin el humilde dolor que redime a éstos; de la insolente pasión materialista de los pantalones y los zapatos, sin las aspiraciones superiores que a estos otros justifican—. Pues bien, en Díaz Soto el zapatismo que hablaba era el del pantalón del charro, no el del calzón blanco; e igual acontecía con Paulino Martínez, sólo que en él la voz acusaba también al leguleyo de pueblo; y ocurría lo mismo con Serratos, bien que en éste la expresión la disfrazase tras la estructura de una franqueza simpática.

Horas de la Convención

Pero si como cuerpo político la Convención estaba condenada al fracaso, como espectáculo lograba a cada momento los éxitos más halagadores. Yo llegaba a mi platea exactamente con la misma curiosidad que si se tratase de una representación de Reinhardt o de cualquier otro acontecimiento teatral donde pronto hubiésemos de sentirnos, actores y espectadores, arrebatados por el ritmo envolvente de la acción —allí más aguda, más invasora de las facultades del alma, a causa de las incontrastables evidencias de que aquello no era verdad fingida, sino verdad realmente verdadera—. Unas veces el espectáculo se resolvía en risa; otras dejaba el ánimo perplejo, desorientado, y otras, en fin, volviéndose tortura moral, limpiaba fugazmente los espíritus al toque de cierta grandeza estética. Porque, trágico en el fondo, cuando no en la forma, aquel espectáculo tenía su *catharsis*, como tenía también su choque fatal de fuerzas inconciliables. Luchaban allí, a muerte, dos maneras profundas de una sola nacionalidad: de una parte, la aspiración difusa, pero desesperadamente activa y noble, a mejores modos de vida social; y frente a esto, la incapacidad inmediata, colectivamente irremediable de sosegar las turbulencias de la aspiración transformándolas en algo vividero, coordinado y orgánico. El móvil dramático visible era la pasión política, allí suelta, sin cortapisas, autónoma; y la presencia suprema de las encrucijadas de la acción era la pistola —la pistola elevada al rango del destino en la tragedia clásica o al del carácter en el drama moderno; la pistola pronta, imperante, definitiva.

Héroe del espectáculo convencionista solía serlo Roque González Garza. Villa lo había hecho su representante personal, y, al parecer, con muy buen acuerdo, pues una vestidura así —excelente por las intenciones, ingenua de maneras— resultaba lo más a propósito para ofrecer a la junta de militares un trasunto desbravado de la figura, salvaje en exceso, del jefe de la División del Norte. En Roque, además, lucían otras virtudes: era fiel hasta la muerte, derrochaba valor civil y, para el caso, abundaba en esa clase de recursos parlamentarios cuya eficacia no se embota al provocar la risa de la gente seria y docta.

Cierta mañana llegó Roque a la Convención persuadido a fondo de que traía en las manos la solución del dilema Carranza-Villa. Brillaba de satisfacción y de misterio, y, más que nunca deseoso de comunicarse con sus amigos de confianza,

se mostraba reservado a medias. En el rincón de un pasillo nos reunió a unos cuantos anticarrancistas probados y nos insinuó la trascendencia de su plan, aunque no su índole precisa.

—Será —nos dijo— el golpe definitivo; o se va Carranza o se muere como líder.

—¿Y Villa? —le preguntamos.

—Villa es lo de menos. Lo importante está en que si Carranza insiste en quedarse, se acaba.

¿Cómo y por qué había de acabarse Carranza si no se iba? Eso no nos lo dijo. Con lo cual, al verlo caminar minutos después hacia el salón de sesiones, nosotros nos quedamos sonrientes e incrédulos.

Porque Roque, en fuerza de ser bueno y querer encontrarle camino a todo, sembraba a menudo, aun entre sus mejores amigos, dudas acerca de su capacidad mental. Me las inspiraba a mí igual que a cualquier otro, o más quizá que a otros, puesto que en la estimación que yo hacía de él eran capítulo revelador los recuerdos de su gracioso paso por otra convención política: la del Partido Liberal Progresista en 1911. Allí había actuado Roque —por sobra de buena fe, por su cándido optimismo respecto de lo sencillo y lo sincero— en forma fantástica y de un sabor anecdótico imborrable. ¿Cómo olvidar, por ejemplo, la tierna conducta de Roque —opuesta, por tierna, al ambiente nauseabundo de las asambleas políticas— el día que hizo crisis en el Liberal Progresista la pugna entre los partidarios de Vázquez Gómez y los de Pino Suárez? Roque oyó la bella y falsa requisitoria de Urueta contra el primero de los dos candidatos, aquella que el gran orador empezó con la mordacidad de esta frase exclamativa: “¡El cerebro de la Revolución! . . .” Escuchó luego la formidable defensa de Luis Cabrera, defensa pletórica de avisos prudentes y de anticipaciones del futuro. Y agitada el alma por el arrebató del instante, poseído de su deber, seguro de su oportunidad, anunció que la razón última para dirimir el conflicto constaba en ciertos documentos oficiales que él poseía y cuyo testimonio no podía ni debía dejarse de tomar en cuenta. Sin embargo, como no llevaba consigo aquellos papeles, pidió tiempo para ir a traerlos, y una hora después regresó, vestido de ceremonia —levita cruzada, chaleco blanco, sombrero alto—, y subió a la tribuna en medio de la expectación de todos. Estaba tan conmovido y trémulo, que para serenarse y poder hablar se llevaba al pecho una de las manos y se oprimía con ella el lado del corazón.

—Preparaos, señores delegados— exclamó, llenando con la voz el ámbito de un silencio profundo—; preparaos a vivir este instante solemne. Aquí —y se tocaba de nuevo el pecho—, aquí traigo las memorias de mi hermano Federico . . . Vais a escucharlas.

Y no se le oyó más, porque la grito que se desencadenó fue tan espontánea que lo hizo desaparecer de súbito, como si una fuerza sobrehumana lo hubiese precipitado en el Tártaro de la rechifla, de donde surgió a poco, arrugados los faldones de su traje de ceremonia, deshecho el nudo de la corbata, zafados e incompletos los puños postizos.

Escena de tanto calibre, por supuesto, no habría de repetirse en Aguascalientes. Tres años de intensa actividad política habían transcurrido desde los albores del maderismo, tres años que para Roque —harto más despierto y sutil de lo que al principio pudiera creerse— suponían un aprendizaje enorme. Pero, así y todo, la proposición extraordinaria con que quería resolver ahora el conflicto entre Villa y Carranza —lo vimos sus amigos en cuanto la hizo pública— guardaba estrecha afinidad con la que quiso usar tres años antes para decidir la pugna de Vázquez Gómez y Pino Suárez. Sólo que esta vez, ayudado de su experiencia, y puestas las cosas en otro plano y entre otros hombres, se acercó a la caricia de los aplausos casi tanto como en aquella ocasión a la estrujadura de la mofa y los silbidos.

Con gran destreza exaltó Roque el profundo desinterés político del general Villa, su disposición al sacrificio máximo en aras de la Patria, y acabó por entregar un pliego en el cual el jefe de la División del Norte se comprometía —medio infalible para restablecer la concórdia revolucionaria— a quitarse la vida con su propia mano, siempre y cuando el Primer Jefe se suicidara juntamente con él.

Aquella fue la jornada máxima del villismo heroico.

Pero en materia de grandes momentos del espectáculo convencionista nada igualaba las frecuentes borrascas que sabía desencadenar Antonio Díaz Soto y Gama. Se lo permitía su oratoria, de fluir continuo, y casi se lo reclamaban las doctrinas disolventes a cuya difusión se entregaba día y noche, o poco menos. Díaz Soto no creía en Dios ni en el diablo, en el bien ni en el mal, en la patria ni en la familia, en lo mío ni en lo tuyo. Creía apenas en el origen misterioso, mágico, del evan-

gelio zapatista y en la persona sobrehumana de Emiliano Zapata, a quien pintaba entre las cumbres de las montañas del Sur en el acto trascendente de revelar a unos cuantos adeptos el Plan de Ayala. Su visión del zapatismo se ataviaba con evocaciones bíblicas —el Sinaí, Moisés, el rayo y el trueno—, y si las cuatrocientas cabezas de la asamblea militar no se humillaban al roce de la extraña evocación, santa y laica a la vez, Díaz Soto flagelaba el espíritu de sus oyentes sacándoles al rostro su ignorancia, su inconsistencia y su servil sumisión a los prejuicios más groseros y más indignos del fervor revolucionario. Era, en una palabra, tremendo.

Un día se acordó de que había socialismo, de que Karl Marx había escrito el *Manifiesto comunista* y *Das Kapital*, y de que las patrias y otros embelecos eran mera invención de la clase explotadora para no aflojar las cadenas del proletariado. Y como los pobres generales convencionistas no sabían mucho de aquello, resolvió explicarles el asunto con la vehemencia de gesto y la calidez verbal en él características.

El candor patriótico de no sé quien (de Angeles, o de algún otro revolucionario no iniciado en los sacros misterios de la Internacional) había puesto en la tribuna una bandera mexicana sujeta a su asta y dispuesta de modo que su cercanía mantuviese vivo el patriotismo oratorio. Los tres colores de Iguala y el águila anterior a Cortés presidían tutelarmente a cuanto en esa tribuna se pensaba y se profería. Por momentos, el orador, con la brisa de sus palabras y ademanes, agitaba los pliegues de la enseña patria, como para sumarlos a su gesto e incorporarlos al timbre de su voz. Había también algunos que, absortos en la lucubración interna de su pensamiento, acercaban la mano a la tela, con inconsciente deseo de acariciarla o para dar calma a los nervios librándolos de la ociosidad del tacto. Y había asimismo quienes hacían que la bandera entrara en el discurso, con el evidente propósito de conquistar al auditorio, de entusiasmarlo, de enardecerlo.

Hasta esa mañana Díaz Soto no dio nunca señales de haber advertido, en el curso de sus peroraciones, que tal bandera estuviese allí. Pero esta vez, mientras ordenaba sus ideas para empezar a hablar, tomó la tela por una de las puntas, la levantó ligeramente, y al fin la dejó caer, a tiempo que iniciaba la primera frase. El tema central de aquel discurso no lo recuerdo, por más que los períodos principales versaran, como de costumbre, sobre el ideal zapatista y la necesidad de hacerlo bajar desde las montañas meridionales hasta las llanuras del

centro y el norte de la República —dicho todo ello con la elocuencia pirotécnica y reiterativa en que Díaz Soto era maestro—. El caso es que hubo un bello trozo, de grandes rasgos históricos, donde se hacía ver cómo era uno el género de los hombres, uno su origen, uno su destino. Hubo otro por donde desfilaron, ante los ojos encandilados de los convencionistas, los grandes guiadores de la humanidad, la procesión magnífica de maestros que no incurrieron en las distinciones de nacionalidad, ni de color, ni de raza: Buda, Jesucristo, San Francisco, Karl Marx y Zapata. Y luego, en el paroxismo de la elocuencia militante y arrebatadora, vinieron otros períodos —éstos los más brillantes— destinados a denunciar la perversa división de los hombres en pueblos y naciones, a vituperar los imperios, a negar y a escarnecer la patria y las patrias y a abominar de todos los emblemas pueriles que los hombres inventan para odiarse entre sí y combatirse.

En esta última parte de su oración quiso Díaz Soto unir el acto a la teoría, para lo cual, cogiendo la bandera mexicana que tenía al lado, la hizo objeto de múltiples apóstrofes y exclamaciones y preguntas retóricas.

—¿Qué valor —decía, estrujando la bandera y recorriendo con la vista palcos y butacas—, qué valor tiene este trapo teñido de colores y pintarrajeado con la imagen de un ave de rapiña?

Nadie, naturalmente, le contestó. El tornó a sacudir el lienzo tricolor y a preguntar, o exclamar:

—¡Cómo es posible, señores revolucionarios, que durante cien años los mexicanos hayamos sentido veneración por semejante superchería, por semejante mentira! . . .

Aquí los militares convencionistas, cual si fueran liberándose poco a poco de la magia verbal del orador predilecto de Zapata, empezaron a creer que veían visiones, y, segundos después, vueltos del todo en sí, se miraron unos a otros, se agitaron, iniciaron un rumor y en masa se pusieron en pie cuando Díaz Soto, a punto de arrancar del asta la bandera —tamaño era su ahinco—, estaba dando cima a su pensamiento con estas palabras:

—Lo que esta hilacha simboliza vale lo que ella, es una farsa contra la cual todos debemos ir . . .

Cuatrocientas pistolas salieron entonces de sus fundas; cuatrocientas pistolas brillaron por sobre las cabezas y señalaron, como dedos de luz, el pecho de Díaz Soto, que se erguía más y más por encima del vocerío ensordecedor y confuso. Flota-

ban principios, finales, jirones de frases; sonaban insultos soeces, interjecciones inmundas...

—Deje esa bandera, tal por cual...

—... Zapata, hijo de la...

—Abajo..., bandera..., don...

En aquellos instantes Díaz Soto estuvo admirable. Ante la innúmero puntería de los revólveres, bajo la lluvia airada de los peores improperios, se cruzó de brazos y permaneció en la tribuna, pálido e inmóvil, en espera de que la tempestad se aplacase sola. Apenas se le oyó decir:

—Cuando ustedes terminen, continuaré.